

tiempos, estirpando todos los abusos, como la pipa, los vestidos de seda y la adoracion de otro ser que no fuera el solo Dios. Fuertes por las armas y por la exaltacion, lo primero que hacian al llegar á una ciudad, era destruir las tumbas de los jefes tutelares (1) y los bazares; pero lejos de establecer la dominacion única, conservaban la independencia de cada tribu, cuidándose tan solo de sofofocar la guerra civil y de hacer que se administrase la justicia por medio de tribunales organizados.

La Puerta arrepentida, aunque tarde, de haberles dejado tomar vuelo [1801], envió órdenes terminantes á Soliman, baja de Bagdad, para que les esterminara; pero Alí-Kiaga, general del sultan, penetró con dificultad en el distrito de Lohza, y poco despues sobornado tal vez, retrocedió, con lo cual los wahabitas cobrando osadía, entraron hasta en la Meca, donde reunieron un monton de pipas, algunas riquísimas, y le pusieron fuego. Cuando Abd-el-Aziz, su jefe, fué asesinado [1803] por venganza de un persa, Ibn Saod que le sucedió en Dreisch sobre el golfo Pérsico, reanimó el ardor de sus tropas y la ambicion de conquistas; despojó á las caravanas, destruyó las mezquitas, y aunque no pudo derribar la *Kaaba* (1) por su mucha solidez, llenó los pozos, alejando con esto á los peregrinos de aquellos parajes. A pesar de que Ibn Saod no llevaba mas que seis mil hombres en su expedicion (1804), aterrorizó con ellos el Yemen, Siria y las llanuras del otro lado del Eufrates.

Mehemet Alí, tan luego como se hizo virrey de Egipto, se propuso destruir á los wahabitas; pero conoció que antes le convenia asegurarse de los enemigos que podia tener á sus espaldas, esterminando á toda la raza de los mamelucos. Así en la ceremonia preparada para dar solemnemente el dolman á Tuson, su hijo segundo, jefe destinado para aquella cruzada, el feroz virrey mandó degollar á todos los mamelucos, y tan solo cesó la matanza cuando hubo cuatrocientas setenta cabezas cortadas.

Suspenda el lector su indignacion, porque hablando de turcos debe imaginarse que lee historias de ha quinientos años.

Entonces se preparó la expedicion contra los wahabitas; pero los tres mil hombres mandados por Tuson, número que se habia creído mas que suficiente para vencer á partidas errantes, fueron desbaratados completamente, y si bien Tuson (1812), rehaciéndose pudo recobrar á Medina y á la Meca, y logró dominar á los fanáticos al cabo de una larga campaña y una serie no corta de negociaciones y perfidias, no tardaron los vencidos en sublevarse de nuevo (1815). Entonces Ibrahim, primogénito de Mehemet Alí, que en

(1) Nombre que se da en Oriente á los jefes de las comunidades religiosas, á los doctores y á los predicadores.

[1] Gran mezquita.

breve debía cifrar en él su amor y su orgullo, tomó á su cargo la empresa, hizo prisionero al valeroso, pero incapaz Abdallah (1818), jefe de los enemigos, y dándole muerte restableció la tranquilidad.

Así Mehemet destruyó los Estados de Dongola, Berber, Sciardi, Alfai, Curdofan y el reino de Senaar donde la dinastía de los Jungos habia durado desde el año de 830 de la egira habiendo producido veintinueve reyes.

Alejanría y Constantinopla festejaron al jóven baja de las ciudades santas; pero este triunfo no fué de la Puerta, sino de Mehemet Alí; el cual, dominado por la manía de invadir nuevos países, pero sin saberlos organizar, tiranizó la Arabia tanto, que esta adquisicion llegó á serle perjudicial; y Tuson enviado á la Nubia para agregarla al Egipto, fué muerto y vencido con mas de treinta mil victimas.

Entretanto Mehemet, déspota astuto é innovador egoista, pero dotado de alta inteligencia, despues de haber aprendido á leer y haberse instruido en las artes de los cristianos, aspiró á relajar los vínculos que lo unian con la Puerta, dedicándose á gobernar y organizar el país como si fuera suyo; por lo cual, era opinion universal, que no esperaba mas que una ocasion favorable á su proyecto para proclamar aquella independencia de que ya hacia uso.

Tambien en los demas puntos de Turquía retoñaban las sublevaciones, porque bajo el mando de los tiranos no se reclama sino que se conspira. Frecuentes incendios anunciaban el descontento, y la Puerta se veia obligada á conceder á la rebelion vencedora lo que habia negado á la fidelidad suplicante. Así su decadencia parecia á todos manifiesta é irreparable. Causa verdadera y principal de ésta es el no ser los turcos nacion, ya que no puede merecer este nombre una reunion de individuos, en la cual falta la armonía de intereses, de sentimientos y hasta de fines. En las sociedades cristianas todo tiende á la igualdad política, y á desarrollar las facultades de cada uno, encaminándolas hácia el bienestar general, que se consolida por efecto de la armonía entre el derecho y el deber. Los grandes Estados europeos no se ven puestos en peligro á consecuencia de las culpas de sus jefes; y si la fuerza ciega puede cambiar gobiernos y fronteras, subsiste sin embargo invencible la fraternidad nacional para dirigirse al cumplimiento de su destino. En Turquía, por el contrario, existen aglomerados unos cuantos millones de súbditos en torno de un puñado de turcos, sus rivales y enemigos por religion y por intereses. Todos los musulmanes tienen igual derecho al gobierno, á las dignidades, á las funciones del templo, de la justicia, de la administracion, y no hay ninguna distincion entre la raza conquistadora, sino el turbante verde que llevan los descendientes del profeta. Por lo demas no hay dignidades ni honores hereditarios, y al subir desde la mas

ínfima condicion á las mas altas gerarquías, conservan todos el título de su primitivo estado.

Los descendientes de los vencidos son súbditos, clientes, trabajadores, pero libres de cuerpo y de conciencia, y hasta de administracion, pagando la capitacion, y de bienes, satisfaciendo el tributo territorial. Si el *raya* [1] se convierte al islamismo, queda exento de la capitacion; pero no sale de la condicion de vencido, á no ser que el emperador, por decreto especial, lo elevase á los altos empleos. Pueden, pues, darse momentos de gloria, cuando un Mahomet II ó un Soliman lanza aquellas hordas sobre los países que pretende conquistar, escitando el brutal instinto de saqueo; pero jamas pueden fundirse con los pueblos conquistados en aquella union que es el único origen de la fuerza.

La imprevision es el carácter de estos pueblos esclavos, á quienes está prohibido examinar sus necesidades, exponerlas y buscar el remedio, y que no pueden hacer reclamaciones sino apoyándose en las bayonetas de los genzaros. Entonces el pueblo, atropellado por el amo, degüella á los verdugos; pero satisfecho con esta instantánea venganza, no piensa en asegurarse un porvenir, ni se cuida del bien de su posteridad.

La administracion interior es sencilla, por ser despótica. El que hoy es mozo de cordel ó pertenece á la clase mas inferior de los criados, llega á ser mañana visir, si el señor lo quiere; y puede recibir tambien al dia siguiente la órden de ahorcarse, á consecuencia de la peticion de un mendigo injuriado. Todo esto introduce una terrible igualdad entre los *creyentes*, y cada cual pue-

[1] Todos los súbditos de la sublime Puerta se dividen en cuatro clases distintas: musulmanes ó verdaderos creyentes, griegos casi todos cismáticos, armenios y judios, y cada uno de ellos disfruta del completo y libre ejercicio de su religion. Respecto á los rayas, de quienes ha hecho ya mencion nuestro autor, y bajo cuyo nombre comprende á todos los súbditos cristianos del sultan, es de notar que César Cantú, no es muy exacto en su narracion, pues que se llaman rayas, no tan solo los súbditos cristianos de la Puerta, sino tambien los judios sujetos á las leyes turcas. Para aclarar ahora lo que indica nuestro autor acerca de los incendios que se repiten muy frecuentemente en Constantinopla, cuando estalla algun motin, notaremos que contribuyen en esto, dos circunstancias muy especiales: 1^o que en Constantinopla y en casi todos los países de Turquía, los edificios públicos están hechos de madera; por lo cual, los incendios se difunden y propagan con mucha rapidez de uno á otro barrio: 2^o que el pueblo turco, y con particularidad la milicia, tiene una propension decidida á devastarlo todo, segun la costumbre de los bárbaros, que desahogan su encono sobre las personas y las casas.

[Nota del traductor].

de á todas horas presentarse en traje de casa á un baja, sentarse en el mismo divan, esponerle sus quejas y alcanzar justicia sin formalidades.

Ese gran señor, que suponemos mandando despóticamente un imperio vastísimo, de hecho no es déspota mas que en su capital, porque allí tiene muchas tropas y artillería. Fuera de ella se conserva una imagen viva del sistema feudal. Los bajas equivalen á los barones, pero sin derechos hereditarios; las aldeas corresponden á las municipalidades con rentas propias; la administracion civil y militar pertenece al baja, al cadí la justicia, al mufti los asuntos religiosos: separacion inútil en donde la arbitrariedad es omnipotente. Los empleos son puestos cada año en almoneda, y el que los compra trata de recobrar por medio de la venalidad el capital que ha invertido en ellos.

Son muy pocos los que saben leer y escribir; el sultan firma mojado la mano en tinta, y los bajas con el sello. Por consiguiente, desembarazados los negocios de la eterna serie de actos judiciales, serian rápidamente despachados, si algunos no les diesen largas á precio de oro por su particular interes. Las decisiones legales, que son de un carácter enteramente patriarcal, dependen del mayor ó menor despejo del juez, y despues del fallo se queman los documentos que han mediado en el pleito, quedando terminado todo irremediamente.

Las autoridades municipales reparten los empleos entre las familias, y las relaciones con el centro del imperio son escasísimas. La gente iliterata no acostumbra á escribir á Constantinopla, y si el gran señor quiere enviar una órden, necesita mandarla espresamente por medio de un tártaro que la lleve.

La poblacion va disminuyéndose palpablemente (1); y entre ciudad y ciudad se interponen vastísimos desiertos. Unos cuantos empíricos hacen el oficio de médicos; no se atiende á la salud pública, ni á los hospitales, ni á los caminos, ni á los puentes, ni á los establecimientos de instruccion; y en las cárceles están mezclados el acusado y el sentenciado, el asesino y el deudor insolvente.

Pesan sobre los ciudadanos las cargas de servicios personales, de alojamiento y otras exacciones por el estilo; así que, siendo la riqueza ocasion de gastos y peligros, todós la disimulan, y no atreviéndose á emprender obras que la pongan de manifiesto, se acumula estérilmente el dinero, ya en el tesoro imperial, ya en la gaveta de los particula-

[1] En 1841 contaba el imperio turco treinta millones setecientos sesenta mil habitantes, de los que once millones novecientos mil eran cristianos ó judios; quedan, pues, diez y ocho millones ochocientos sesenta mil turcos, que ocupan doscientos treinta y cuatro mil millas cuadradas. Hay países donde apenas se encuentran setenta y seis habitantes en una milla cuadrada.

res. Si se muestra, al momento viene encima una grande contribucion, y se instalan varios soldados á guisa de amos en la casa del contribuyente. Si los impuestos son de masiado onerosos, el pueblo entero sobre quien han recaido emigra: es de notar, sin embargo, que las contribuciones no son incómodas por su exorbitancia sino por su mala reparticion, y que son recaudadas violentamente por asentistas, que las subarriendan, lo cual produce larga serie de concusiones. El gobierno ignora su propia hacienda, y no sabe usar de otro recurso que no sea el de alterar la moneda.

Gran parte de las tierras corresponden á las mezquitas; exentas de impuestos, y tan sagradas, que ni por la mayor necesidad se atreveria nadie á tocar á sus bienes. Sobre las otras tierras, imponen la contribucion los bajás sin medios de comprobar la proporcion de las cuotas, y por consiguiente gravando á los propietarios sin ventaja para el tesoro.

Es este el sistema bajo cuyo régimen viven los musulmanes; pero la misma igualdad que tan grandemente les perjudica, les inspira un orgulloso desprecio para con los cristianos, que están escluidos de ella; y el que, atravesando las calles de Constantinopla, oye hasta á las mujeres que le dicen: *la peste te mate; los pájaros te ensucien la despo-blada barba que tienes* (1), puede figurarse cuál debe ser la condicion de los vencidos. La línea de division entre los dos pueblos, se conserva hoy tan marcada como en el día de la conquista; viven juntos sin mezclarse y hasta sin saludarse; el imperio no pide soldados á los cristianos ni aun en las mayores urgencias; ni les ha obligado nunca á hablar la lengua turca, pero no ha aprendido la suya; y los gobernadores que no entienden á los gobernados, les hablan por medio de intérpretes, que son ordinariamente renegados, y por lo tanto merecedores de escaso crédito. Este es otro punto de semejanza con el sistema de nuestros conquistadores de la edad media.

Cristianos y turcos están en la misma situacion entre sí que los siervos respecto del amo; la justicia es diversa para los unos que para los otros; el delito que lleva al cristiano al patíbulo, es castigado en el musulman

(1) El apodo que con especialidad los turcos prodigan á los que profesan diferente religion que la suya, es *giaur* (incrédulo), vocablo injurioso de que se sirven para designar á los infieles, sea cual fuere la religion á que pertenecen. La palabra *giaur* se hace derivar de la lengua persa y significa *partidario del Becerro de Oro*. Si esta etimología está bien sacada, *giaur* es una alusion á los adoradores del *Becerro de Oro*, de quienes habla repetidas veces con desprecio el Koran. Otros creen que los musulmanes dan á la palabra mencionada el sentido de perro. Debemos á Byron un poema titulado: "*Giaur*."

[Nota del traductor.]

con una multa; los cristianos solo pagan la contribucion personal; el turco desprecia al cristiano como el plantador de América á su esclavo; se cree con derecho para exigirle servicios, usar de su casa, de su caballo, de sus muebles; y á veces el bajá lo manda á trabajar á grandes distancias sin proveer ni siquiera á su alimento.

Cuando una aldea contiene bastante número de cristianos, se les permite elegir un jefe (*kodia basci*) que los representa cerca de la autoridad musulmana, reparte los impuestos, comunica las órdenes del bajá, y le hace presente las reclamaciones de los *rayas*.

Fundirse los cristianos con los turcos es tan imposible, como unir la poligamia (1)

(1) Muchos escritores de nota y políticos atinados han tratado con bastante estension de las causas, así principales como accesorias, que contribuyen á disminuir cada día mas la poblacion de los Estados turcos, y entre éstas han dado tambien un lugar preferente á la poligamia, á pesar de que otros escritores de fama creen que entre los musulmanes es un elemento social muy importante y casi necesario. Nosotros consideramos la poligamia como un elemento destructor de la civilizacion en Turquía, porque levanta una barrera entre los dos sexos; así que, los hombres, segun el precepto del Koran, consideran á sus mujeres mas bien como cosas que como personas. Si no existiese la poligamia, una mujer sola llegaria á reconcentrar en su persona todos los afectos conyugales y adquiriria un imperio sobre su consorte; así que, paulatinamente debilitándose el precepto religioso, la mujer recobraría sus derechos y se convertiría en un elemento social civilizador, poniéndose poco á poco en comunicacion con la otra mitad del género humano; pues que, sabido es que la suave y afectuosa naturaleza del bello sexo es un contrapeso á la fuerza propia del sexo viril, y que la felicidad social resulta de la combinacion y armonia entre ambos sexos; de suerte que separándolos, las mujeres se convierten en esclavas, y su carácter, naturalmente suave y afectuoso, toma formas de una lascivia completamente material y animal, al paso que el hombre, encontrándose sin freno que suavice su fuerza, ésta se convierte en una rudeza brutal. Esto es precisamente lo que sucede en Turquía. Además, la poligamia estimula á la incontinencia, y produciendo saciedad en los hombres, los escita á abandonarse á actos de una torpe lascivia; en efecto, no hay país en que la pederastia tenga su infame predominio tan estenso como en los Estados turcos.

Por otra parte las mujeres, á pesar de que se encuentran en un estado de completa esclavitud, no dejan de ejercer su imperio en el corazón de los hombres, porque está en la naturaleza humana ceder á la ternura de los afectos que mutuamente se comunican los dos sexos; pero entre los turcos el predominio de la mujer no puede salir de la esfera de su serrallo; de suerte que se reduce á un egoísmo personal que la lleva á intrigas rastreras y criminales, ya que las murallas que le sirven de cárcel, le impiden de estender su vis-

con el matrimonio, la libertad con la esclavitud, el Evangelio con el Koran. Si ahora

ta por todo el horizonte social, el cual únicamente podria mostrarle la noble perspectiva que ofrecen la virtud y los actos grandes en sus relaciones con la humanidad entera y con las ventajas verdaderas de un hombre, que habiendo acumulado sus intereses con los de una sola mujer, ésta se ha convertido en una parte principal del objeto amado. En efecto, no tan solo las odaliscas, que son todas las mujeres que están á disposicion del gran sultan en sus serrallos, y las sultanas, que han llevado en su seno frutos que pertenecen al gran turco, sino tambien la gran sultana, que es aquella que ha dado el heredero al trono, conspiran á menudo contra el sultan, intrigan para mandar en su propia ventaja, é intentan tambien evadirse del serrallo, arrojando todos los peligros de la mucha vigilancia del crecido número de mujeres y eunucos que las custodian, con objeto de adquirir la libertad, sustrayéndose del yugo de su perenne esclavitud.

En prueba de lo que va dicho, acabaremos esta nota con referir un hecho muy lastimoso acaecido por los años de 1839, que hizo gran ruido en Europa; y que casi todos los periódicos ingleses y franceses consignaron en sus columnas. Un teniente austriaco, que se hallaba de paso en Constantinopla, supo proporcionarse los medios, con mucho trabajo y gran riesgo, de ponerse en comunicacion con una de las odaliscas del gran serrallo, en donde ordinariamente permanece el sultan. Despues de haber tenido los dos por el trascurso de algunos meses una correspondencia muy activa, prefijaron con gran cautela un día para fugarse, y así lo verificaron; pero apenas hubieron salido del serrallo, aunque la odalisca vestía un traje de hombre á la turca, é iba del brazo del teniente austriaco, uno de los centinelas les arrestó por leves sospechas, en el mismo instante que iban á saltar en un pequeño esquife para salir del Bósforo y embarcarse en un pequeño buque franco que les esperaba á lo lejos. El austriaco tuvo la fortuna de poderse escapar; pero la mezquina odalisca sorprendida en el acto que rebosaba de contento, viendo ya la suerte que le esperaba, cayó casi desmayada, pasando de tanta alegría á un abatimiento mortal.

El gobierno turco enterado del hecho, reclamó á la embajada austriaca y queria á toda costa que se le entregara al culpable, diciendo que por la ley del Koran no podia dejarse impune un crimen semejante; pero el ministro imperial contestó, á pesar de que tenia ya oculto en su casa al oficial, que sentia mucho no poder satisfacer los justos deseos del sultan, porque el individuo á quien se buscaba, sin presentarse en la embajada se habia embarcado y salido de Constantinopla. Y á decir verdad, despues de algunos dias el teniente austriaco partió para el extranjero, pesaroso de la pérdida de la amante, y aun mas, por habersele disipado la idea halagüeña de un porvenir sólido y feliz, porque la odalisca llevaba bajo sus vestidos el valor de cerca de un millon de duros en joyas preciosísimas. Pero si se desvaneció la idea de tan inmensa fortuna para el austriaco,

HISTORIA.—77

vemos prevalecer los primeros en Grecia, en Argel, en la Moldavia, en la Servia, esto proviene de haber abandonado el país los turcos, quedando un escaso número de ellos en clase de prisioneros. Pero los mismos cristianos tampoco pueden contar en Turquía por su desventura con elementos de cohesion entre sí, ni con el resto de Europa; pues que no tienen nacionalidad ni patria; no tienen origen é idiomas comunes, ni intereses generales fuera de los de la religion; en efecto cuando se sublevaron se les vió enarbolar la cruz. Es cierto que el gobierno municipal de que disfrutan, constituye para ellos la patria, pero cada uno de esos gobiernos, no tienen relacion con otro, y todos están separados y muy distantes entre sí. Añádese á esto que la mayor parte de los cristianos sujetos á la Puerta son cismáticos, y por consiguiente rechazan á aquella Roma que es centro de la unidad europea, lo cual ha facilitado el largo dominio de la raza turca. Pero en la actualidad no quedan del Koran mas que la poligamia, la corrupcion de los empleados, la anarquía de los poderes, el terror general, la esterilidad del suelo y la degradacion de los turcos; de suerte que estos deben inevitablemente sucumbir. ¡Quién es capaz de prever lo que ha de suceder! (1)

REGENERACION DE LA GRECIA.

Si la Turquía decae, no podrá ya impedir que se regenere la estirpe heleno-eslava, pueblo dos veces vencido, que sin embargo jamas transigió con la tiranía, ni perdió la esperanza, aun en los momentos mas críticos.

Ocupa esta raza la Península del Mediodía de los Alpes Orientales, en la cual la Puerta habia instituido cuatro bajalatos; el de Salónica, antigua Macedonia; el de Janina, que es la Albania-Arnauta; el de Libadia, que es la Hélade propia de los tiempos pasados, y el de Trípoli que comprende la Morea, á saber: el antiguo Peloponeso; además de las islas de Candia, Negroponto, Cícladas y Esparadas, sometidas al mando directo del capitán-bajá.

Fueron conquistados estos países por los turcos despues de la toma de Constantinopla; pero no perece un pueblo mientras se conservan en él los elementos de la nacionalidad. Una misma religion unia á los griegos contra las hordas mahometanas; les animaba una misma esperanza; hablaban una misma

como la niebla al soplo del viento, se agolparon densas nubes sobre la cabeza de la desdichada odalisca, la cual condenada segun la ley turca, fué encerrada en un saco de piel lleno de piedras, y arrojada al Bósforo.

[Nota del traductor.]

[1] El Sr. A. Ubicini en las *Lettres sur la Turquie* (1851) cree todo lo contrario, y considera no solo posible, sino comenzada ya la restauracion de la Turquía